LA MUJER ENFERMA EN SAWA

Consuelo Puebla Isla
Universidad de Valladolid

El conjunto de novelas naturalistas que Alejandro Sawa publica entre 1885 y 1888 recibe una influencia notable del progreso científico que se vivió en estos años, como se pone de manifiesto en el afán del autor por escribir sus obras con carácter de estudio.

Su interés por la ciencia no fue casual, sino una causa directa de la proliferación de publicaciones médicas que se experimentó a finales del siglo XIX, de las que se recibía puntual noticia a través de los periódicos y revistas culturales del momento (Botrel, 1988, 1993). La novela[1] resultante se convirtió por ello en un caso médico, en un documento humano que evaluaba los daños sociales hasta encontrar una curación posible. Y es que Sawa, como el resto de naturalistas radicales[2], pensaba que sólo tras el análisis de los males que aquejaba el enfermo organismo social se hallaría su solución.

Así, en consonancia con el espíritu positivista dominante y el desarrollo de las ciencias experimentales, la creación literaria de estos escritores, a imitación de su maestro E. Zola, estuvo marcada por la influencia del fisiólogo francés Claude Bernard en su *Introducción a la Medicina Experimental* (1865); por la teoría de la evolución del naturalista inglés Charles Darwin, en su libro *Origen de las especies* (1859), basada en la adaptación al medio,

---

[1] Los epígrafes "novela social" y "novela médico-social" aparecen con frecuencia como subtítulo de este tipo de obras con el propósito de diferenciarlas de la novela realista. Uno de los mejores intentos por matizar la imprecisión lingüística del término novela y para definir el "experimento" que llevan a cabo las obras naturalistas lo encontramos en el "Apéndice" de E. López Bago a *Crimen legal*: "Escribimos unas cuartillas a las que titulamos novelas, sin estar conformes con este título. No lo estamos, porque no tienen nuestras obras el carácter de las obras de amenidad, sino el de estudio. No son novelas; pero sí son los libros de Balzac, los de Sthendal, los de Zola, *sátiras sociales*" (p. 209).

[2] Miguel Ángel Lozano Marco ha sido el primero en recuperar esta denominación en su artículo "El naturalismo radical, Eduardo López Bago. Un texto desconocido de Alejandro Sawa", *Anales de Literatura Española*, Universidad de Alicante, n.º 2, 1983, pp. 341-360.

la lucha por la vida de los seres vivos y la selección natural; y por las teorías sobre la herencia biológica que el botánico austriaco Mendel dio a conocer en 1865.

La fidelidad que Zola concede a los principios del método experimental formulado por Bernard la comparten muy de cerca los escritores naturalistas españoles y en especial por E. López Bago[3], que en su comentario a *Crimen legal* propone la génesis del proceso creativo de las obras adscritas a este movimiento. Dicho proceso, dirá, parte de la "observación detallada de la verdad". No en vano, "un hecho es a veces cosa muy compleja. A veces, repito, no siempre contiene una síntesis, y para observarlo bien se necesita conocer lo que le antecede y lo que le sigue. Para ver bien no basta sólo con mirar, sino que es preciso comprender" (Ap. *Crimen legal*, p. 210). Sólo después de detallar y clasificar todos los datos que una observación rigurosa ofrece, comenzaría el estudio propiamente dicho de una "llaga social", motivo central de la novela, sobre la que "procederemos a experimentar hasta verificar la validez de nuestros postulados científicos", (Ap. *La Pálida*, pp. 252-253) cumpliéndose aquí el objetivo de la investigación.

De un modo similar Alejandro Sawa se aferra a las teorías zolescas para construir su propio ideario narrativo, que en ocasiones se manifiesta más extremado que en el autor francés dada la radicalización ideológica y el fanatismo científico que plasma en su novelística –como cuando identifica el Progreso con la Ciencia y se declara admirador de Herbert Spencer (*La mujer de todo el mundo*, p. 146)–, y que incluso convierte en núcleo temático cuando en *Crimen legal* detalla clínicamente un caso de distocia. En esta novela, la solución que discuten el doctor Nieto y el joven médico llamado simbólicamente Salvador ante el parto de Rafaela permite conocer la postura de Sawa frente al conflicto ciencia-religión propio del naturalismo[4]. A diferencia de otras obras suyas, resulta curioso que aquí los principios de la iglesia

[3] Para ahondar en los dictados zolescos que López Bago traduce al español y aplica a su novela médica puede verse: Pura Fernández, *Eduardo López Bago y el naturalismo radical. La novela y el mercado literario en el siglo XIX*, Amsterdam, Ed. Rodopi B.V., 1995.

[4] La embriotomía que desencadena esta oposición entre ciencia e iglesia ha sido considerada fundamental en el naturalismo español y en la obra de Sawa en particular, de ahí que la hayan analizado sus principales críticos: E. López Bago (1999, p. 213); Walter T. Pattison, (1965, p. 138); Allen W. Phillips, (1976, p. 204); Iris M. Zavala, (1986, p. 46); Amelina Correa Ramón, (1993) y F. Gutiérrez Carbajo (1991).

no aparecen defendidos por ningún cura sino por el mencionado doctor Nieto, en quien triunfa la religión sobre la ciencia. Su decisión no admite dudas: es necesario realizar la cesárea a Rafaela aunque implique su muerte; de ahí que Sawa critique su actuación en palabras del médico Salvador: "¡Ese infame de doctor cristiano quería asesinar a Rafaela sin mancharse las manos de sangre, sin arrostrar la punidad del asesinato, cobardemente, con hipocresía, con doblez, como si estuviera injerto en cura!" (p. 117).

Ha sido el crítico italiano Gilbert Paolini quien con su estudio de esta novela ha demostrado que Alejandro Sawa era un profundo conocedor de los últimos avances decimonónicos en medicina experimental y en otras ciencias positivas afines, y en especial de la antropología criminal, lo que le situaba en un "puesto prominente entre los de vanguardia en el escenario científico-literario español", (1984, p. 48).

Si en 1890 Cesare Lombroso elogiaba a Zola por plasmar en su novela *La bête humaine* la personalidad patológica del delincuente *a nativitate* en la figura de Jacques Lautier, fue poco antes, en 1886, cuando las ideas criminológicas de su *L´uomo delinquente* (1884) sirvieron de inspiración a Sawa para delinear la personalidad asesina de Ricardo en *Crimen legal*. Atendiendo a la cronología, para G. Paolini resulta aceptable considerar una influencia directa de la obra de Lombroso en el autor, lo que por otro lado confirma el gran éxito de esta disciplina a finales del siglo XIX, que fue conocida en España más allá del ámbito puramente científico como detalla la profesora Litvak en: "La sociología criminal y su influencia en los escritores españoles de fin de siglo" (1974).

Al igual que Lombroso, Alejandro Sawa parte de la animalidad del hombre para encontrar el origen de la tendencia criminal de éste, pues, según las enseñanzas del médico italiano, el criminal nato lo es por su naturaleza animal y esta condición se refleja en toda su corporeidad: en su cara marcada por una serie de estigmas, en el volumen del cuerpo, en la conformación y el peso del cerebro, en la forma del cráneo... que constituyen, en suma, el espejo de un sinfín de anomalías atávicas que también están presentes en los órganos internos del hombre: en el hígado, las vértebras, el estómago, etc., por lo que la criminalidad estaría escrita fatalmente en la biología, donde cada órgano es en sí un índice infalible; de ahí la necesidad de inspeccionar el cuerpo desde la superficie del mismo hasta sus órganos internos para determinar el grado de animalidad-criminalidad del hombre.

Si analizamos el retrato que Alejandro Sawa nos ofrece de Ricardo podemos encontrar la huella de la fisiognómica que anuncia a las claras la naturaleza patológica del personaje:

> Entre hombre y mico, pero vanidoso y altanero por eso, por lo que tenía de mico (...) Hacía pareja con su mujer por la estatura. La hacía también por su raquitis. Era moreno; pero no por naturaleza, sino por desidia (...). Tenía treinta y dos años, y la pata de gallo tan marcada como otros hombres a los sesenta. La cabeza casi calva, de una calva sucia que parecía sintomática de una enfermedad repugnante y contagiosa, de lepra, de tiña... y los ojos parduscos y pequeños, tan hundidos en sus cuencas óseas, que no se advertirían seguramente, ocultos en su madriguera, al no ser por la fosforescencia verdaderamente felina que despedían. Ojos de calenturiento empotrados en un cráneo de bestia.
>
> Tenía la nariz gorda, nariz glotona, tan móvil como la de un perro perdiguero, y la boca sensual y grosera, de labios belfos, constantemente humedecidos por el continuo entrar y salir de su lengua carnosa y sangrienta. La cabeza de un canalla y la jeta de un Heliogábalo (pp. 80-81).

Nos encontramos, por tanto, ante la vieja concepción fisiognómica (Peset 1975, 1983; Caro Baroja, 1988) que permite conocer el interior del hombre por medio del análisis exhaustivo de sus rasgos externos y que defiende que sólo a través del cuerpo se puede conocer esta naturaleza criminal para prevenirla.

Y si estas son las características del criminal nato, las cualidades monstruosas no se acentúan menos en la mujer de genio, en la prostituta y la criminal que Lombroso analiza en *La donna delinquente, la prostituta e la donna normale* (1893) con síntomas como la tendencia al erotismo, el carácter viril y sobre todo la esterilidad, puesto que la ausencia de descendencia en la mujer hace de ella un ser similar al hombre, lo que equivale a una desviación de la naturaleza. Además, en la mujer prostituta y en la criminal aparece un componente de atavismo como principal característica, lo que también le confiere cualidades masculinas –y por tanto degenerativas- que se plasman en el físico con rasgos como: cejas pobladas, la nariz pronunciada, una caja torácica amplia, etc., y lo que mejor la descubre: su excesivo erotismo.

En la obra de Sawa puede comprobarse que, al igual que las ideas sobre el hombre de genio o el hombre criminal de Lombroso excedieron el terreno de lo puramente científico y

alcanzaron a la literatura, también sus opiniones sobre la mujer trascendieron hasta pasar a formar parte de la cultura popular. Lo que ocurrió en parte fue que un planteamiento como éste de la mujer se vio respaldado por los numerosos descubrimientos científicos y médicos que la estudiaban desde la perspectiva de la enfermedad, la locura y la obstetricia, tal y como atestigua el total de publicaciones aparecidas al respecto[5]. Los libros de higiene se sumaron a los estudios de fisiognómica que recalcaban la natural tendencia de la mujer a la prostitución[6], y a los libros que analizaban las enfermedades físicas y mentales, como la histeria y la epilepsia, publicados tras aprobarse el 26 de junio de 1883 la Ley de Policía de Imprenta.

Sólo bajo el interés que despertó la mujer en el ámbito científico se puede entrever la especial curiosidad que este tema suscitó en la cultura general y también en la literatura y el arte, siempre como reflejo de ese sentir social, que coinciden en dar vida a una mujer que alcanza un protagonismo indiscutible en la novela, pero como una mujer imaginada, mediatizada por el filtro de la cultura, y no como es en realidad.

Quizás el mejor retrato de este tipo de mujer lo hallemos de nuevo en *Crimen legal*, no en vano se trata de la obra más naturalista del autor andaluz. Será Rafaela, la esposa del protagonista, quien condense en su persona una novedosa caracterización muy alejada, por ejemplo, del idealismo romántico[7] de pocos años antes:

> Era una muchacha como de veintidós años, cuya característica consistía en parecerse a todo el mundo. Regular de

---

[5] Sobre el tema de la enfermedad de la mujer resulta indispensable el trabajo de Elaine Showalter, *The Female Malady. Women, Madness, and English Culture, 1830-1980*, New York, Pantheon Books, 1986; Sandra M. Gilbert y Susan Gubar, *La loca del desván*, Madrid, Cátedra, 1998; Sander L. Gilman, *Seeing the Insane: A Cultural History of Psychiatric Illustration*, New York, 1976.

[6] La bibliografía sobre la prostitución femenina en la España decimonónica es amplísima, casi siempre considerada como una consecuencia de su enfermedad física o mental, según leeremos también en la novela naturalista. Algunas obras imprescindibles que abordaban el tema ya en la época son: A. Navarro Fernández, *La prostitución en la villa de Madrid*, Madrid, 1884; Martínez Olmedilla, "La trata de blancas", en *La España Moderna*, 1904. A la prostitución en España también se han referido, ya en la actualidad, G. Scanlon y R. M. Capel, "La prostitución en España: Notas para un estudio socio-histórico", *mujer y sociedad en España (1700-1975)*, 2ª ed. Madrid, Ministerio de Cultura-Instituto de la Mujer, 1986. (1ª ed. 1982).

[7] Sobre el romanticismo que subyace en algunos retratos femeninos pintados por Sawa puede verse mi artículo "La pervivencia de elementos románticos en la obra naturalista de Alejandro Sawa" (1998)

> todo, de estatura, de gracia, de belleza, regular hasta la inteligencia. Un admirable ejemplar de lo que muchos llaman el justo medio (p. 79).

Continúa Sawa en sus retratos la técnica descriptiva trazada desde antiguo, consistente en describir en orden descendente cada uno de los rasgos físicos de la persona. Como es habitual en el autor, refuerza los detalles con sus conocimientos en fisiognómica:

> Era trigueña de color, de ojos castaños, que miraban bondadosamente con la expresión atristada de un perro a que se acaricia; la boca grande y sin elocuencia; la nariz afilada; la frente, no como trono de inteligencia, sino como hueso frontal simplemente, estrecha y sin irridaciones de ideas; el pelo rubiaco y suave, escaso por el occipital y los temporales; desentonando bruscamente los tonos cálidos de su color trigueño, espesas ramificaciones de venas azuladas, que se cruzaban caprichosamente de un extremo a otro de su fisonomía, por las sienes, por los ojos, por la nariz y por la frente. Una irrupción de azul, que era un golpe de muerte para la armonía de aquel rostro (pp. 79-80).

Su cuerpo flotante ya no recordará al de un ángel, como en la literatura romántica[8], sino al de una mujer enferma, incorpórea...

> Delgado el cuello, tímidamente marcados los pechos, apenas esbozadas las caderas, sin gracioso arranque curvilíneo, las pantorrillas y los muslos. El andar de aquella mujer, de Rafaela, carecía de majestad y de aplomo. Más bien que posada sobre la tierra, parecía suspendida en ella. Pero no al modo de las mujeres demasiado espirituales, sino al modo de los cuerpos muy porosos, para los cuales apenas existen las leyes de la gravedad (p. 80).

Nos encontramos ante el cuerpo de una mujer híbrida o "hermafrodita" como él mismo la denominará, una mujer a medio hacer, de rasgos mal definidos, un "proyecto de ser", un "boceto"

---

[8] C. Marco, *La mujer española del Romanticismo*, vol. II, León, Everest, 1969.

[9] Así define Sawa al clérigo que aparece en *La mujer de todo el mundo*: "Don Felipe pertenecía a ese género especial de curas híbridos que no han previsto ninguna legislación canónica. Todo lo menos cura posible y todo lo menos seglar posible: un cura empezado a formar, pero resultando admirable en su estado de boceto: bonito, pulcro, de ojos chiquitos y brillantes, negrísimos hasta hacer aparecer blancas todas las cosas que los rodeaban; boca pequeña y nerviosa, nariz fina, testa de Luis Gonzaga perfeccionada por la pomada tártara", (p. 33).

[9], según sus propias palabras:

> Como quiera que sea, y excepción hecha del sexo, poco indicado, o mejor dicho, apuntado en ella, con miedo, como si aquella mujer fuera un proyecto sin concluir, de hermafroditismo, ni *fu* ni *fa*; de todos modos, una mujer aceptable (p. 80).

Será, en definitiva, una mujer real que se aleja de todo el idealismo que tradicionalmente le venía confiriendo el arte y la literatura, una imagen fotográfica que el autor naturalista traslada al papel como un "ejemplar de la humanidad de munición" (*Crimen legal*, p. 80), y que goza del aplauso de los lectores y críticos más exigentes, como su maestro López Bago quien celebra las dotes retratísticas de su "compañero de armas" en el "Apéndice" ya mencionado a esta obra:

> El capítulo II es para mí uno de los más notables de la novela. Trata de Ricardo y de su mujer Rafaela (...). Aquí campea el vigor de su estilo, y empieza el colorido. Aquí hay que juzgar a Sawa comor retratista. Hace dos retratos, y es como si el autor del *Spolarium*, Luna, hubiese querido demostrar prácticamente a Madrazo que idealizando no se adquieren famas de pintores, sino que se consigue la ganancia de Debas, un fotógrafo a quien se disputan las mujeres porque las saca *muy favorecidas*. No sé como demonios hace para eso. Ricardo tiene 'la cabeza de un canalla y la jeta de Heliogábalo'. Rafaela es 'regular de todo, de estatura, de gracia y de belleza; *ni fu ni fa*; una mujer aceptable y clorótica', (p. 217).

Sin embargo, por mucho que los escritores natualistas se esfuercen en argumentar que sus personajes han sido tomados de la realidad y trasladados al papel sin modificación alguna[10], el hecho de que aparezcan fuertemente determinados generará un personaje "tipo" –según la denominación de Todorov– abocado a la degradación, a la bestialización y a la caracterización grotesca, pero sobre todo reducido a la corporalidad, a la parte física de la persona. Así, la mujer naturalista aparecerá frecuentemente designada como "hembra" (*Crimen legal*, p. 73; *La mujer*

[10] En ellos encontraríamos el "auténtico personaje" que según la definición de Rafael Azuar Carmen. "ha de oler a a ser humano, ha de estar impregnado de la realidad en que todos andamos inmersos", 1987, p. 19.

de todo el mundo, p. 13); como ser percibido por la carnalidad: "olor a carne de la señora", (*La mujer de todo el mundo*, p. 15); como sexo: "¡la primera entre todas las mujeres! (...) el sexo hembra, el organismo femenino, fecunda taza de plata de donde sale la vida completamente hecha" (*Declaración de un vencido*, p. 133), también en relación a esto último, como indispensable en la maternidad:

> Allí encontró Juan a su compañera, a la que fue después madre de su hijo. Una hermosa y fresca gallega, fornida y ancha como la Venus hotentote, de pechos duros y abundantes –una buena cartuchera, como expresa el piropo popular– (...) Era una buena muchacha que estaba sirviendo en el barrio de Salamanca. *Crimen legal*, (p. 75).

En cambio las caracterizaciones morales resultan mínimas en estos escritores naturalistas, y cuanto aparecen también resultan tópicas. Así, Sawa emplea para concretar el carácter de sus personajes términos como "colérico", "febril", "sangüíneo", "nervioso" que aplica una y otra vez a Ricardo en *Crimen legal*, pero que también hará extensivos a la mujer, como ocurre con Lola, en *Noche*, una mujer "sangüínea" cuya belleza preocupa mucho al padre porque teme que se vea abocada a la prostitución como finalmente ocurre; o como Luisa en *La mujer de todo el mundo* poseedora de "una cabeza caliente" (p. 42).

El uso frecuente de estos vocablos corrobora que una de las notas más características del lenguaje naturalista es la medicalización de su léxico. En él, las palabras se vuelven técnicas para caracterizar a los personajes, para analizar las enfermedades –físicas y sociales-, para condensar sus síntomas y para favorecer su posterior cura. Quizás el empleo de términos médicos en estas novelas obedezca al empeño del escritor por buscar la exactitud y por pretender una precisión expresiva en su prosa con la que alcanzar, de paso, la tan ansiada objetividad que sólo el lenguaje de las disciplinas técnicas logra ofrecer. De nuevo la novela que resulta más relevante a este respecto de entre todas las obras naturalistas que Sawa escribió es *Crimen legal*, por presentar el parto de Rafaela con todos los detalles:

> [El doctor Nieto] sabía que Rafaela era un caso de raquitis, o, mejor dicho, de osteomalacia; él sabía, porque eso bien a la vista estaba, que la primípara no tenía caderas, que debía, por consiguiente, tener una pelvis estrecha y monstruosa; y él sabía, desde la anotación de los fenómenos pre-

> liminares del parto, la supresión de las reglas, los vómitos, la tumefacción de los pechos, la prominencia de los pezones, la coloración viva y acentuada de sus aréolas centrales y la extensión creciente de las aréolas jaspeadas, las evacuaciones de leche, la desaparición de la depresión umbilical, la kiesteina en la orina y en general la sintomatología toda de la preñez (p. 99).

Con ejemplos tan abundantes como éste puede entenderse el aluvión de críticas que mereció esta novela, como la que proviene de Luis S. Granjel para quien "en este relato es un problema estrictamente médico el que se pretende, con poca fortuna, convertir en materia novelable" (1966, p. 433).

Otras muestras de enfermedad en la mujer creada por A. Sawa se interpretan en la novela como una consecuencia de algún desajuste interno, de algún conflicto de orden moral o del desengaño que le proporciona la realidad, como es el caso de Luisa Galindo en *La mujer de todo el mundo*, joven que termina sus días recluida en un manicomio al conocer que su matrimonio había sido pactado con anterioridad por la condesa del Zarzal con el único propósito de lograr su sustanciosa dote. La enferma aquejada de locura presenta un aspecto completamente demacrado, una vez encerrada en el hospital:

> La vencida no daba señales de vida; la respiración, todos los fenómenos fisiológicos, tan tímidamente se manifestaban, con tanto miedo, que para ser de veras una muerta sólo le faltaba la palidez mate, la angustiosa curvatura de la boca, la mayor agudeza de la nariz, y el cuerpo rígido, trágicamente destendido, adaptado ya a la actitud eterna con que reposan los esqueletos en sus cajas apolilladas, roídas, untosas de las serosidades y las podredumbres del cadáver (p. 126).

Esta descripción difiere mucho del retrato inicial que leemos de ella en las primeras páginas de la novela, donde Sawa la caracteriza como una mujer muy hermosa de "frente pulida, mimosamente pulida, baja y estrecha y con esas entoncaciones suavísimas de color pálido que se admiran en el marfil antiguo", y de rostro semejante al de "una de esas estatuas áticas que la insaciable avaricia de la vieja Inglaterra va acumulando en British Museum" (pp. 42-44). La misma contraposición se observa en la condesa del Zarzal o mujer de todo el mundo, un "poderoso alarde de buen gusto, en que Dios consumió parte

considerable de sus potencialidades y sus energías", como nos previene antes de presentar al personaje mediante su descripción:

> Era alta, rubia, enervante, provocativa; tan bella, que parecía un reto a la castidad forzada de los enfermos, de los impotentes y de los viejos; tan convencida de sus gracias, que se jactaba de no haber visto jamás ninguna cabeza erguida delante de la suya. Como si aquella belleza imponderable, absurda, fuera antes que nada una fuerza siempre en movimiento, desarrollaba a su alrededor especie de remolinos o trombas de locura que mareaba a los hombres, y ya podía vanagloriarse de fuerte el que se mantuviera sereno a sus presencia; tenía el privilegio de hacer más azulada la atmósfera que la rodeaba, de tal modo, que el que después de haber cambiado algunas frases con una de esas mujeres pálidas y ociosas que foman el encanto de nuestros salones, llegaba a la zona más oxigenada y más humana, pero más femeninamente humana, de la Condesa, sentía en su cuerpo fenómenos nerviosos, semejantes a los que se experimentan en las grandes ascensiones; los sanguíneos se ponían apopléticos, y los nerviosos neurálgicos. Los que eran sencillamente anémicos, buscaban el auxilio de una silla (...). *La mujer de todo el mundo*, (pp. 21-22).

Ante ejemplos como éste resulta evidente que Sawa no sólo se limita a detallar lo feo y morboso[11] que caracteriza a sus criaturas –animalizadas las más veces-, sino que en numerosos pasajes muestra el autor su natural tendencia a la descripción detallada e idealizada de la realidad, como en el caso del cuerpo femenino, que como norma retrata pleno de belleza y sensualidad. Y es que en el cuerpo de la mujer condensa Sawa sus ansias de

---

[11] Recordemos las ideas estéticas que Sawa condensa en el "Apéndice" a *El Cura* después de reprocharle a López Bago y al naturalismo de corte francés la radicalidad de su arte:

> -"*¡Le document humain!*" -El documento humano ¿es la monstruosidad? Entonces no hay ningún artista en la tierra, ningún amante de la belleza. Todos deben desertar de ella, matarse, suicidarse, antes de que la horrible muerte los asesine a traición por la espalda.
>
> El documento humano no es lo feo, no es sólo lo feo; es también lo bello, lo hermoso. ¿A qué copiar siempre lo feo? ¿Es, por ventura, el fin del arte la negación?
>
> ¡Ah! ¡En Francia se equivocan, como se equivocan en España! La realidad no es lo feo. Es lo feo y lo bonito combinados. A veces lo bonito sólo", (pp. 260-262).

armonía, de perfección, de belleza como en el caso de la condesa del Zarzal, convertida a los ojos de su amante en una "mujer-flor" (p. 91), hasta que la neurosis le prive por completo de su hermosura:

> La enfermedad, aquella espantosa neurosis, le había roído mucha belleza. La piel es cetrina, la nariz afilada, los ojos vidriosos, la boca torcida, el cuello una amarillenta tira de pellejo y los pechos piltrafas (p. 213).

Después de la muerte trágica de la condesa del Zarzal, consumida por las llamas del fuego de su mansión en ruinas; de Rafaela, a causa de un parto distócico; y después de la enfermedad incurable de Luisa Galindo, víctima del orden social cambiante, parece que en la obra de Sawa la desgracia se cierne sobre el personaje femenino. Como también ocurre en el caso de Carmen, prostituta en *Declaración de un vencido* y de Paca, la hija menor del matrimonio González en *Noche*, de quienes podría hablarse de mártires mejor que de víctimas si nos atenemos a su comportamiento; pues, pese a que la primera sufre en sus carnes los condicionamientos ambientales que la obligan a la prostitución, su conducta es irreprochable cuando acompaña a su amante Carlos en los últimos días que preceden a su suicidio; mientras que, en *Noche*, las consecuencias de una mala herencia biológica se centran en Paca, personaje capital en la segunda parte de la novela, que pese a su acuciante tuberculosis trabaja sin descanso en su máquina de coser para sacar adelante a una familia de seres monstruosos y brutales que la condena en vida.

Pero la aparición de estas mujeres víctimas, de estas mujeres mártires, no es aislada en la novela de Sawa. Es frecuente encontrar una apabullante presencia de mujeres despiadadas que desde su posición aristócrata o desde su origen humilde encarnan el mal. Serán un símbolo del pecado primigenio que arrastra al hombre y lo conduce a la perdición, como en el caso de la condesa del Zarzal. Son la encarnación de Eva, una nueva estirpe de ángeles caídos, de alimañas expulsadas del paraíso que nos delatan su mísera condición a través de una desmedida tendencia al erotismo. La enfermedad se uniría así al surgimiento de un nuevo tipo de mujer que, años más tarde, de lleno en el movimiento modernista, saltará a la literatura como protagonista indiscutible, y que ahora ya, en el naturalismo, comienza a despuntar por su belleza y perversión, como podemos encontrar en los retratos de Sawa.

BIBLIOGRAFÍA

Azuar Carmen, Rafael, *Teoría del personaje y otros estudios sobre la novela*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1987.

Botrel, Jean-François, *Libros, Prensa y Lectura en la España del siglo XIX*. "Prólogo" de José Simón Díaz, Madrid, Fundación Germán Sánchez-Ruipérez, 1993.

———. "España, 1880-1890, el Naturalismo en situación", en Y. Lissorgues (ed.), *Realismo y Naturalismo en España en la segunda mitad del siglo XIX*, Barcelona, Anthropos, 1988, pp. 183-197.

Caro Baroja, J., *Historia de la fisiognómica. El Rostro y el Carácter*, Madrid, Istmo, 1988.

Correa Ramón, Amelina, *Alejandro Sawa y el naturalismo literario*, Granada, Universidad de Granada, 1993.

Fernández, Pura, *Eduardo López Bago y el naturalismo radical. La novela y el mercado literario en el siglo XIX*, Amsterdam, Ed. Rodopi B.V., 1995.

Phillips, Allen W., *Alejandro Sawa, mito y realidad*, Madrid, Turner, 1976.

Granjel, Luis S., "Maestros y amigos del 98, Alejandro Sawa", *Cuadernos Hispanoamericanos*, marzo de 1966, n.º 195, p. 433.

Gutiérrez Carbajo, Francisco, "Las teorías naturalistas de Alejandro Sawa y López Bago", *Epos. Revista de Filología*, VII, 1991, pp. 371-391.

Litvak, Lily, "La sociología criminal y su influencia en los escritores españoles de fin de siglo", *Revue de Litterature Comparée*, n.º 1, enero-marzo 1974, pp. 12-32.

Lombroso, Cesare, *L´uomo delinquente*, Roma, Napoleone Editore, 1971.

———. y FERRERO, *La donna delinquente, la prostituta e la donna normale*, Torino, Roux, 1893.

López Bago, Eduardo, "Apéndice, Análisis de la novela", *Crimen legal*, Madrid, Clásicos Libertarias, 1999, pp. 207-222.

———. *La Pálida. Novela médico-social. (Segunda parte de La Prostituta)*, Madrid, Juan Muñoz y Cía Editores. [S.a., 1884].

Lozano Marco, Miguel Ángel, "El naturalismo radical, Eduardo López Bago. Un texto desconocido de Alejandro Sawa", *Anales de Literatura Española*, Universidad de Alicante, n.º 2, 1983, pp. 341-360.

Paolini, Gilbert, "Alejandro Sawa, *Crimen legal* y la antropología criminal", *Crítica hispánica*, 1984, vol. VI, n.º 1, pp. 47-59.

Pattison, Walter, T., *El naturalismo español. Historia externa de un movimiento literario*, Madrid, Gredos, 1965.

Peset, José Luis y Mariano, *Lombroso y la escuela positivista italiana*, Madrid, C.S.I.C., 1975.

Puebla Isla, Consuelo, “La pervivencia de elementos románticos en la obra naturalista de Alejandro Sawa”, *Siglo XIX*, n.º 4, Valladolid, Universitas Castellae, 1998, pp. 201-221.
Sawa, Alejandro, *Crimen legal*, Madrid, Clásicos Libertarias, 1999.
La mujer de todo el mundo, Madrid, Moreno-Ávila Editores, 1988.
———.*Declaración de un vencido*, Madrid, Biblioteca de autores españoles, 1999.
Noche, Madrid, Biblioteca del Renacimiento Literario, Juan Muñoz Sánchez Editor, 1888.
———.“Impresiones de un lector”, comentario a la obra de E. López Bago, *El Cura (Caso de incesto)*, Madrid, La nave de los locos, 1996, pp. 253-264.
Todorov.....
Zavala, Iris M., “Estudio preliminar”, *Iluminaciones en la sombra*, Madrid, Alhambra, 1986.